Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

48 **El secuestro de Aramburu (IV)**



Suplemento especial de
Página|12

1.

¿Qué podía decirles de Evita? ¿Podían ellos, mocosos entre 20 y 23 años, entender algo de lo que él les explicara? ¿Ustedes creen conocerla? Yo la vi de cerca, la vi caminar, la vi sentarse, pararse, estreché su mano incontables veces, vi sus vestidos carísimos, sus zapatos, la escuché hablar, la vi sonreír, nunca la vi llorar. Después vi su rodete, ese traje sastre que se puso como un uniforme, como un soldado en la batalla. La vi empezar a morir y poco faltó para que la viera muerta. La vi volverse pálida. La vi perder la redondez, la salud espléndida, bella, de su cara. Le salieron unos pómulos como rocas. Se le afinaron los labios. Hasta los tobillos se le afinaron, porque los tenía gruesos y eso la atormentaba. Se le transparentaron los huesos de las manos. Su voz se hizo dura. Sólo parecía saber dar órdenes. Hasta que se murió.

Después, pese al circo que montó Perón, vi que el pueblo la lloraba de verdad. Ya les voy a hablar del pueblo de Evita. Pero que la quería, la quería. Con ganas, con humildad y hasta con sometimiento, sin vergüenza, sin honor. No se puede querer así a una persona. No le queda a uno lugar para amarse a sí mismo. No le queda orgullo. Vi a ese pueblo entregarse a ese amor hasta perderse, hasta no tener presencia, hasta inmolarse. Si uno les hubiera preguntado qué eran. Qué eran *ellos*, entienden. Habrían dicho: somos nuestro amor a Evita. Así, ella podía manejarlos como quería. Sé que ustedes dirán: "Fueron tan lejos en su amor a ella por el odio con que ustedes siempre los trataron. Era la primera vez que recibían amor. ¿Cómo no iban a entregarse a él? ¿Cómo no iban a amar a Eva hasta el punto de no amarse a sí mismos? Sé que ustedes dirán: estaban llenos de amor. Nunca un pueblo amó tanto. ¿Qué les importaba darle todo su amor si tenían el de ella? No necesitaban amarse a sí mismos porque ella los amaba. Con eso era suficiente. Con eso les bastaba". Como verán he pensado la cuestión. Pero hay otro aspecto.

Aramburu jamás les dirá lo que él llama el *otro aspecto*. Aramburu piensa que ese pueblo amó tanto a Eva porque era un pueblo ignorante. Porque eran mestizos recién llegados del interior. Cabecitas negras, grasitas, como ella les decía. Un pueblo culto no puede amar así a un gobernante. Un pueblo culto no pierde su dignidad crítica. Nadie puede extraviarse, ahogarse en otro. Sólo un pueblo de brutos, de fanáticos, pudo llegar a un amor tan extremo. ¿Qué puede esperarse de ese pueblo? Demasiado, lo peor. El amor de los fanáticos arrasa con todo. No hay decretos contra las pasiones de los ignorantes. Quien no ha sido pulido, trabajado por la cultura, sólo atesora la pasión, la furia de la barbarie. Sé qué me van a preguntar: por qué la escondimos. ¿Qué esperaban? ¿Que les dejáramos a esos brutos su Difunta Correa? Para peor, una Difunta Correa vengativa, borrascosa, bélica. No, no estábamos locos. Evita, en la Argentina, habría hecho estallar el país. Habría sido el punto de concentración de todas las rebeliones. El altar de todos los odios. Habríamos vivido limpiando de flores su tumba. Para empezar de nuevo al día siguiente. Y al otro. Y al otro. Habrían ido los curas populares. Habrían celebrado misas tumultuosas. Los más fanáticos vivirían esperando que se levantara de esa tumba para llevarlos a la batalla, al triunfo. Habríamos tenido que cagarlos a palos. O que matarlos. Hoy me estarían juzgando por muchas otras muertes. No por las de Valle y sus compañeros. No por las de los basurales de José León Suárez. Por muchas otras. Por las muertes de montones de negros de mierda, fanáticos, indignos de un país culto como éste. Ya la habíamos aguantado viva. Por suerte, se fue pronto. Aguantarla muerta habría sido demencial. Sé que ahora me preguntarán dónde está. Que la van a querer para ustedes. Para dársela al pueblo. Para iniciar una gran pueblada con el cadáver de la Yegua como bandera. No, ni una palabra sobre eso. No voy a traicionar a mi país. Ni a los míos. La Puta, lejos.

2.

Arrostito esperaba algo así. Los servicios no descansan nunca. Reaccionan rápido. Aparecieron varios "comunicados" de "organizaciones armadas". A Aramburu lo secuestró medio mundo. Hay que añadir un dato más penoso, pero no menos inesperado. Un montón de giles, de aventureros han de haber largado carne podrida por armar despelote nomás. El país está ardiendo. Nadie sabe nada. Pero los "héroes" no cesan de surgir. De derecha, de izquierda. Hay que parar la mano. Cerrarles la boca. Todavía no se puede decir la verdad. Decir: fuimos nosotros. Somos un grupo armado de cristianos y peronistas. Nos llamamos *Montoneros* y lo hicimos boleta a Aramburu. Cualquier otro boludo que ande escupiendo comunicados por ahí, miente. La verdad –y no sólo en esto– es nuestra. Por ahora, Gaby decide escribir otro comunicado.

Perón vuelve
Comunicado Nº 2

Al pueblo de la Nación:

Ante la difusión de falsos comunicados atribuidos a organizaciones armadas proclamando la detención de Pedro Eugenio Aramburu e imponiendo condiciones para su rescate, la Conducción de nuestra Organización se ve en la obligación de aclarar las siguientes declaraciones:

1) El día 29 de mayo a las 9.30 horas nuestro comando Juan José Valle procedió a la detención de Pedro Eugenio Aramburu.

2) Para demostrar la veracidad de esta afirmación, daremos los siguientes detalles:

a) Pedro Eugenio Aramburu no lleva en su poder ninguna documentación.

b) Los efectos personales que llevaba encima comprenden: una medalla llavero con la inscripción "El Regimiento 5 de Infantería al Gral. Pedro Eugenio Aramburu - Mayo de 1955"; dos bolígrafos Parker; un calendario plastificado del Banco del Interior; un pañuelo; una traba de corbata de oro y un reloj pulsera automático.

c) La detención se produjo en la sala comedor de su domicilio.

3) Por la naturaleza de los cargos que decidieron la detención de Pedro Eugenio Aramburu, a fines de someterlo a Juicio Revolucionario, resulta totalmente descartada la posibilidad de negociar su libertad con el régimen.

4) Que solicitamos a las organizaciones cuyos nombres han sido utilizados la pronta desmentida de los falsos comunicados.

¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria!
MONTONEROS

3.

–No tengo mucha información sobre eso. Pasó por otras manos.

Firmenich niega con la cabeza. Se toma su tiempo para decir:

–No le creemos. Todo pasaba por sus manos.

Aramburu finge sorprenderse.

–¿Con Rojas al lado? ¿Con el odio de la Marina en la vicepresidencia?

–Ni Rojas podía hacer algo que usted no supiera –dice el otro compañero. El que hemos decidido llamar *Julio*.

Aramburu dice:

–Agradecería un cigarrillo.

–Esto es un juicio –dice Fernando–. No se fuma aquí. ¿Dónde está Eva?

Aramburu pareciera impacientarse.

–¿Qué tienen ustedes con Evita? –dice, malhumorado–. Ni la conocieron. Son jóvenes de familias pudientes. No creo que le deban nada. Ni una casa. Ni un juguete. Ni una botella de sidra y un pedazo de pan. Esas cosas con que se ganaba el corazón sencillo de los pobres.

–Tendríamos respuestas para esas infamias que usted farfulla –dice Fernando–. General, ni el corazón de los pobres es sencillo. Ni se lo compra con una sidra y un cacho de pan. Insisto: ¿dónde está Eva?

–¿Para qué la quieren?

–El pueblo peronista la quiere.

–¿Y ustedes se la van a dar?

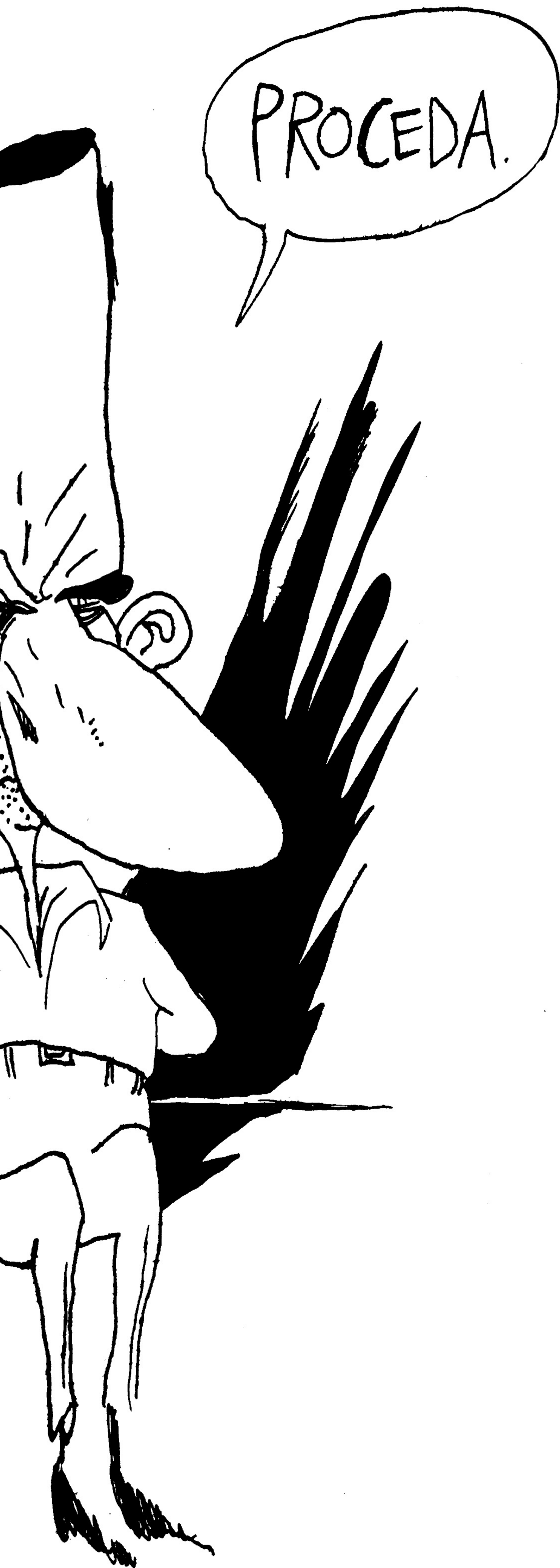
–Díganos dónde está y se la damos. No es nuestra. Es de ellos.

–Es de Perón.

–Perón y el pueblo son lo mismo. Si se la damos a Perón, se la damos al pueblo. Si se la damos al pueblo, reposará en las mismas manos que en las de Perón. Eso queremos: que repose.

–Ella reposa. La enterramos cristianamente.





Fernando lo mira con furia. Le brillan los ojos cuando mira así, frunce el ceño y se le pone tirante la cara. Aprieta los dientes.

–Tiene una idea extraña de un sepelio cristiano usted –dice–. Se entierra cristianamente a alguien cuando lo entierran los suyos, sus familiares, sus amigos, sus camaradas. No sus enemigos. Cuando un sacerdote dice palabras del Evangelio. Un sacerdote elegido por la familia. Cuando el cadáver fue velado durante una larga noche en que nadie durmió. Cuando las manos que alzaron el féretro fueron las de familiares, o las de esos amigos o hermanos tramados por el dolor, por el amor y por el adiós irreparable. Eva habrá tenido un entierro clandestino. Un operativo secreto de quienes la odiaban. De quienes quisieron quitársela al pueblo. Y hasta hoy lo lograron.

–No podíamos enterrar a Eva Perón en la Argentina. Ustedes tienen que entenderlo.

–Si muere, usted va a ser enterrado en la Argentina.

–No es lo mismo. Escuché que le decían Fernando. ¿Se llama así?

–Si escuchó eso.

–Hay muchas diferencias entre Evita y yo, Fernando –es la primera vez que Aramburu lo llama por su nombre. Se arrepiente: una muestra más de que –si vive– los denunciará con lujo de detalles. Sus nombres, sus ropas, sus caras, el tono de sus voces. De ésta no salgo, piensa. También se sorprende: ¿por qué cometió un error tan torpe, tan pueril? Tampoco a Fernando le interesó desmentirlo: "No, escuchó mal. No me llamo así. No va a saber mi nombre". Habría sido más lógico. Si lo soltaban, él lo diría: "Uno se llamaba Fernando. O no lo negó cuando se lo pregunté". No había, en sus secuestradores, una técnica, una mínima lógica del ocultamiento. Esto es grave, se dice. Si no buscan ocultar sus identidades es porque saben que yo no voy a vivir para denunciarlos a nadie. Ahora es tarde. Lo hecho, hecho está. Es muy temprano aún. Vaya a saber qué rumbo tomarán las cosas. Por ahí quieren proponerle que se una a ellos. ¿Por qué no? Todo es posible. Todo es imposible. Sigue:

–Yo soy un militar retirado. Eva es un mito. Un culto. Un objeto religioso. Puede convocar multitudes.

–Que ustedes tendrían que matar.

–Que reprimir.

–Para ustedes reprimir es matar.

–No estoy de acuerdo. Usted nos dibuja como monstruos. ¿Qué país notable, no? Ustedes piensan de nosotros lo mismo que nosotros pensamos de ustedes. ¿Sabe a cuántos radicales, conservadores y comunistas torturó la policía de Perón? ¿Sabe a cuántos católicos como ustedes? Durante los últimos días del régimen. Los del conflicto con la Iglesia. Los jóvenes católicos estaban contra él entonces.

–Ahora no.

–Sí, y me cuesta entenderlo. Pero si yo cambié, ¿por que no ustedes? Eso es lo extraño: cambiamos para el mismo lado. Para el lado del peronismo. Yo no me hice peronista, pero quiero entenderlo. ¿Por qué no podemos entendernos nosotros?

–Por el pasado.

–El pasado está atrás. Nadie quiere volver ahí. Lo que murió, murió. Es hora de...

–Ahórrese frases de discursos escolares –interviene, muy veloz, Firmenich–. Usted no dejó atrás el pasado. Usted quiere retocarlo. Adecuarlo a los nuevos tiempos. Integrar al régimen lo que no pudieron destruir. Pero sus intereses son siempre los mismos: los del régimen. Ahora, con el peronismo adentro. Usted, con su gorilismo inteligente, es el más peligroso de nuestros enemigos.

El rostro de Aramburu se ensombrece. De pronto, es el hombre que ha entendido todo. La completa, la entera totalidad de la cuestión.

–Si lo mejor que tengo para ofrecerles me transforma en el más peligroso de sus enemigos, ¿para qué seguir hablando, señores? Dicten sentencia y fusílenme ya mismo.

Los jóvenes católicos se quedan sin palabras. Para responder a esa frase, al menos. Tiene razón ese general. Lo mejor que les ha ofrecido es traer a Perón. Lo que ellos y el pueblo peronista piden. Pero el Perón de Aramburu es un Perón para fortalecer al régimen. El de ellos, para hacer la revolución. O lo trae Aramburu o lo traen ellos. Si lo

trae Aramburu se consolida el sistema. Habrá democracia burguesa con Perón dentro de ella. En medio de un mundo que marcha fatalmente al socialismo, ¡usar al más grande líder de masas de América latina para el proyecto de la burguesía! Una locura, un sinsentido, un idiotismo histórico. De ahí que tenga razón Aramburu: lo que les ofrece lo transforma en el más peligroso de sus enemigos. En su blanco prioritario. Si alguien debe morir, es él.

4.

Al día siguiente lo interrogan sin grabador. La barba de Aramburu está más crecida. Esto le distingue aún más las arrugas. Y las mejillas se le han caído por completo, son dos colgajos que enmarcan tristemente su cara. No parece con muchas ganas de luchar. Sus jueces están enteros. Tampoco se han afeitado, pero tienen menos barba. Detalle por el que, célebremente, años después, el líder que hoy defienden, buscará agredirlos: *Imberbes*, les dirá.

–¿Quieren seguir hablando de Evita? –pregunta.

–Nosotros hacemos las preguntas, general –dice Firmenich–. Aunque le cueste creerlo, aunque no nos vea rodeados por todo ese solemne carnaval con que la burguesía adorna a la justicia, usted, aquí, está frente a un Tribunal.

–Lo sé muy bien. Sólo espero que esa justicia sea justa.

–Más justa que la de la burguesía, sin duda. No está al servicio de la oligarquía, ni de las corporaciones ni del imperialismo. Está al servicio...

–Del pueblo. Ya lo sé. Si me prohibió hacer discursos escolares. Ahórreme a mí los discursos revolucionarios.

Firmenich sonríe de costado. Supongamos que piensa: gorila de mierda, todavía te das el lujo de compadrear, no sé qué debés creer, que somos boludos, que en cualquier momento cae la cana y te rescata, que nos vamos a cagar en los pantalones y te vamos a devolver a tu casa, sano y salvo, con tu mujer y tus pantuflas.

Sin embargo, la esperanza de la salvación ha ido alejándose de Aramburu. Ya no busca ganar tiempo. Se ve que no aciertan a encontrarlo. O que la policía de Onganía no pone muchas ganas. Esta certeza lo fue atrapando hora tras hora: ¿para qué querría salvarlo Onganía? Debía saberlo todo el leporino. Serenidad y pistas falsas habrá sido su consigna. Pero, ¿y sus amigos? ¿Y los que estaban con él en la patriada de tirarlo abajo? Nada, impotentes por completo. Les habrán negado todo. No los habrán dejado participar en nada. ¿Se quedaron sin el líder, no? Jódanse, sin Aramburu no hay golpe. No hay pieza de recambio. Sigue Onganía. Veinte o treinta años más. Como él dijo.

–General, por última vez –dice Fernando–. ¿Dónde está Evita? El grabador está apagado. Lo que diga, aquí queda.

Aramburu respira hondo y suelta sonoramente el aliento. Dice:

–Está en un cementerio de Roma. No me pregunten en cuál. Hay más de un cementerio en Roma. Sé que en alguno está Eva Perón. No sé en cuál.

Fernando se pasa una mano por la cabeza, como peinándose. Imposible que se peine ese pelo engominado, brilloso. Pero ese gesto le permitió ganar un par de segundos. Lo que pensó en esos segundos fue terrible. La idea cruzó su cabeza como un tornado. Se la dijo a Aramburu.

–General, voy a serle sincero. Este es el momento, el preciso momento, en que un prisionero es sometido a la tortura. Repasemos la situación: usted dice que Eva Perón está en un cementerio de Roma. Nosotros necesitamos saber en cuál. Saberlo, es de gran importancia para nuestra organización. Si lo sabemos, en menos de dos días el cuerpo de la abanderada de los humildes, de la mujer más amada de la Argentina, está en nuestra manos. Si lo está, hablamos con Perón. Nos volvemos milagrosos. Conseguimos lo que nadie pudo. El régimen nos respeta. El pueblo nos ama. Perón nos necesita. Como verá, los motivos para conseguir esa información son poderosos. Usted nos dice: *No me pregunten en qué cementerio está Eva Perón*. Nosotros nos preguntamos: ¿por qué, por qué no vamos a preguntarle eso, qué nos lo prohíe? Nos lo prohíbe usted. Usted, que dice: sé que está en algún cementerio. No sé en cuál. ¿Y si no le creemos? Notará que usted se ubica demasiado cerca de la verdad. Roma, cementerio de Roma, hay más de uno pero no muchos, no demasiados, en uno de ellos está Eva Perón. Todo esto sabe usted. Lo que dice ignorar es muy poco. Sólo ignora en qué cementerio está. ¿Lo ignora o no nos lo quiere decir? Dígame, general, ¿cómo se sale de este problema?

–Por medio de la tortura.

–En efecto.

–Sé algunas cosas sobre la tortura –dice Aramburu–. Podrían serle útiles.

–Hable. Pero quiero dejar algo establecido. Mi posición sobre el tema ya está tomada. Nada de lo que usted diga podría cambiarla.

Pese a que esta frase lo intranquiliza, Aramburu no se detiene. Desarrolla su teoría:

–Descreo de la eficacia de la tortura. No digo que no dé sus resultados. Si no, no se acudiría a ella con tanta abusiva frecuencia. Sin embargo, veamos. Hice cursos. Leí libros de contrainsurgencia sobre esta cuestión. El torturador supone que el torturado tiene una verdad que él desea conocer. Extraerle. Para ello, lo tortura. El torturado puede tener o no tener esa verdad. Si la tiene y es valiente... Valiente, si me permiten, aquí sólo significa tolerar el dolor.

–¿No cree que la firmeza en las propias convicciones ayuda a esa tolerancia? –pregunta Firmenich, entrando en el diálogo.

–Sí, pero puede perjudicarlas. Voy a sincerarme. No estoy hablando de *cualquier* tortura. Hablo de la que ustedes se sienten tentados a aplicarme a mí.

–De acuerdo, ¿para qué ser abstractos si estamos en la más concreta de las situaciones? –dice Fernando.

–Supongamos que me torturan. Supongamos que soy valiente. Que tolero el dolor porque creo demasiado en la causa que represento. Ahí, fracasamos los dos. Ustedes, no tienen la información. Yo, de puro valiente que he sido, me quedé en la tortura. Tienen una cosa y no tienen otra, precisamente la que querían. Tienen mi cadáver y no tienen mi verdad. No se las he dicho. Veamos otro punto de vista. Ustedes me torturan y yo, que no tolero el dolor más allá de cierto punto, les digo dónde está enterrada Eva Perón. Pero muero. Confesé, pero resistí demasiado. Confesé cuando era tarde. Cuando ya no podían revivirme. Es un problema para ustedes. Siempre es un problema para el torturador que el torturado muera. ¿Dije toda la verdad? ¿Me guardé algo? ¿Morí antes de tiempo? ¿Morí antes de confesar todo? ¿Les alcanza con lo que obtuvieron? Pasemos a otro aspecto de la cuestión. Es casi el más habitual y el más cruel. Aquí, el torturador suele llegar a los límites de su barbarie.

–De su inhumanidad –dice Fernando. Pero luego, repentino, corrige–: Si es que creemos que es inhumano torturar. Yo diría que es un arte completamente humano. A cada rato decimos de alguien que es un bestia o una bestia. O por su ignorancia o por su brutalidad. Estoy harto de oír que el torturador se hunde en la bestialidad cuando tortura. Falso. Las bestias no torturan. Continúe, general. Está logrando entretenernos.

–No es mi intención.

–¿Cuál es, entonces?

–Sigamos –dice Aramburu–. ¿Cuál es este nuevo aspecto de la cuestión? El que definí como el más habitual y el más cruel. Simple: *el torturado no tiene nada que ofrecer*. No lleva en sí la *verdad* que el torturador requiere. Esto nos conduce a los límites del horror. Si el torturador le creyera al torturado, no sería así. Pero, para su enorme desgracia, el torturado nunca logra ser todo lo convincente que el torturador necesita. Además, cuando el torturador empieza su tarea es difícil que algo lo detenga. La situación puede prolongarse interminablemente. El torturador, torturándolo, le exige al torturado una verdad que cree él atesora. Pero no es así. El torturado no tiene lo que el torturador necesita. Sólo que el torturador no le cree. Esto se resuelve de dos modos. Aunque, finalmente, se desbarranque en el mismo modo de siempre. Primer modo: lo único que puede hacer el torturado es *mentir*. Si yo no tengo la verdad que me piden, si no puedo convencerlos de que no la tengo, sólo me resta inventarla. Aquí, el torturado, miente. Segundo modo: el torturador no le cree. O porque quiere seguir torturándolo. O porque no le sirve la verdad que el torturado ofrece. O porque descubre que el torturado fabula, inventa. A esta altura, delira. La tortura sigue sin detenerse. Sigue hasta el fin. El torturado muere. El torturador se queda con las manos vacías. Y hay otra posibilidad. La más sencilla. Ustedes se disponen a torturarme. Pero yo no tolero el dolor. Me aterroriza el sufrimiento. La vejación. La casi segura muerte. Confieso sin que me torturen. Confieso todo. Ustedes han triunfado. Tienen lo que desean: la verdad que yo cobijaba. Y tienen un enemigo sano. Un enemigo al que desprecian. Nada es más despreciable que un cobarde. Entonces me matan. O no. Puede suceder que me dejen libre. Regreso a mi casa. Me encierro en mi habitación. Me pego un tiro. No puedo vivir con mi cobardía.

–En las cuatro posibilidades el torturado muere –dice Fernando.

–Así es –dice Aramburu.

–¿Cuándo pensó todo eso?

–Vi demasiadas torturas. Bajo Perón. Bajo la Libertadora. Sobre todo, como imaginarán, a manos de la Marina. Bajo el Conintes de Frondizi. Y en otros países también. Pude llegar a algunas conclusiones.

–¿Qué otros países, general? Aunque tenemos nuestras sospechas.

–Las van a confirmar. En 1959 estuve en Argelia. Durante una entera semana hablé con un general de la OAS. El me enseñó todas esas teorías sobre la tortura. Tenía una posición despiadada sobre el torturado: nunca debía quedar vivo. Después estuve en la Escuela de las Américas. Los franceses son superiores. Los yanquis no manejan la cuestión psicológica. Masacran al objeto interrogable y listo. Creo, sin embargo, que son más efectivos que los franceses. Tengo algunas otras teorías para contarles, pero no quiero aburrirlos. Ustedes sabrán cómo torturar. Tendrán sus propios métodos. Pese a los franceses y a los americanos, créanme que a muchas de las teorías llegué solo. El tema me interesa.

–Hay una a la que no llegó, general –dice Fernando–. Si nos contó sus elaboradas teorías fue para que no lo torturemos. Para llevarnos a comprender que en cualquiera de los casos posibles usted moriría. Supone que no queremos eso. Y tiene razón. No podemos quererlo *todavía*. Ni siquiera se ha reunido el Tribunal. Pero hay algo que se le escapó. Que no tuvo en cuenta. Que no lo sabe. ¿Cómo podría tomarlo en cuenta si lo desconoce por completo? Escuche, general Aramburu: usted no va a ser torturado. Porque existe *otro* punto de vista sobre la tortura. Se lo dije: es el nuestro. También le dije: nada de lo que usted diga habrá de variarlo. Y ese punto de vista es el de negarse a torturar. Nuestra organización no tortura, general. Los Montoneros no torturan. Si fuera por medio de la tortura que usted nos dice dónde está Eva Perón, nos sentiríamos indignos de ella. El torturador, usted lo sabe, es un ser ruin, miserable. Siempre termina odiándose a sí mismo. Nosotros somos católicos, general. Creemos en Dios. Lo estamos juzgando por crímenes que usted cometió. No queremos cometerlos nosotros.

Aramburu sabe que Fernando no miente. Le asombra salvarse de la tortura. Al salir el tema de Eva Perón, dio el hecho por seguro. En algún lugar de sus corazones –deduce–, pese al odio que los anima, está presente el torturado de la Cruz y su fe de católicos, que ahora juzga sincera, les impide torturar.

–Por ahora, suspendemos –dice Fernando.

Salen de la habitación.

Aramburu queda solo. El nudo que le sujeta fieramente las manos a la cama arrasa con la piel de sus muñecas y ya brota la sangre. Se pregunta si ésa, aunque leve, no es una tortura.

(Continuara)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El secuestro de Aramburu (V)